Tomo 8

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 11

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 2 DE JUNIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

México y el problema diplomático del Pacífico

«Dentro de cincuenta años, el centro de gravedad de la civilización estará en el Pacífico».—HUGHES, Primer Ministro de Australia.

1

PODRÍA formularse una ley sociogeográfica fundamental, en los siguientes términos: la civilización clásica es *mediterránea; atlántica* la moderna, y *pacífica* la futura civilización. El golfo más grande del planeta es el Mediterráneo. El océano más vasto, el Pacífico; el Atlántico es un término medio entre el glorioso mar de Egipto, Fenicia, Grecia, Italia, Francia y España, y el enorme océano que baña con sus aguas las islas de la Sonda, el Japón, Australia, Alaska y Chile.

Todo el mundo antiguo cupo en el Mediterráneo. Sus tres cuencas—de oriente a occidente—sirvieron de teatro, por modo sucesivo, al desenvolvimiento de la cultura. La primer cuenca fué egipcia, griega y fenicia; la segunda, grecolatina; la tercera sólo latina.

2

Portugal, centinela de Europa, abrió el Atlántico a la ambición y la codicia de la raza ibérica. España entregó a la historia futura el continente americano. Inglaterra, la verdadera enemiga tradicional del poderío español, sentó sus reales al norte del nuevo continente, una vez que se libró de la magnífica empresa imperialista de Felipe II, con el desastre de la Invencible Armada que, como dijo el Rey Católico a su propio Almirante, más bien debióse a los elementos conjurados y no a la impericia de los hombres. A partir de entonces, mientras Inglaterra saqueaba a España, Holanda vencía a Portugal. Toda la historia moderna, desde el Renacimiento, es un pausado, pero seguro decaer del poderío marítimo ibérico, y un firme y progresivo desarrollo del poderío sajón.

3

Pero para los intereses actuales de la humanidad, el Atlántico resulta cada vez más estrecho. La primera potencia del mundo es inglesa, pero no es Inglaterra, y tiene costas e intereses inmensos en ambos océanos. Por Nueva York mira hacia Europa; por San Francisco, hacia el Extremo Oriente. Ahora bien, en ese extremo, con sesenta millones de habitantes, el Asia tiene una voz poderosa y terrible: el Japón.

4

Mientras Europa y América elaboraban la cultura occidental, el Asia, amodorrada en su budhismo letárgico, arrastraba perezosamente su existencia. Un día supieron con asombro los occidentales, que también los asiáticos eran capaces de forjar, en unos cuantos años no más, por una obra multánime que arredra, la nueva Inglaterra de raza mongólica, agazapada en su archipiélago setentrional del Pacífico, como la vieja en sus islas nórdicas del Atlántico. Primero venció a China en una guerra rápida y brillante. Después, merced a una serie de victorias memorables, humilló al enemigo que no pudo vencer Napoleón; y hoy, con su guante de acero, a pesar de los terremotos aliados del yanqui, llama a las puertas de la metrópoli de California—¡México, oye bien, California!—y dice: «¿Cumpliréis el *Pacto de Caballeros?...*»

5

Antes de apelar a la caballerosidad de la nación yanqui, realizó el Japón su hazaña más memorable: las colonias inglesas de Australia y Canadá obligaron a la madre patria a deshacer la alianza que tenía concertada con el gran pueblo asiático, por temor a la preponderancia del propio Imperio Japonés, y para contentamiento de la poderosa cancillería de Wáshington.

(Pasa a la página siguiente).

La línea del desinterés

El estiércol del diablo

SIN duda, es tarde para hablar de la *Vida del Cristo* cuando el libro de Papini ha dado la vuelta al mundo y goza de la más elegante celebridad en Norte América. Pero un capítulo no es el libro; un solo capítulo me interesa destacar ahora, sumándolo a otros materiales modernos, siglo XX, para el ensayo de una *doctrina del desinterés.* Se titula «El estiércol del diablo», y habla—claro está—del dinero. El dinero es el estiércol del diablo.

Ha de ser un poeta quien se atreva a decorar hoy con todas las galas del estilo idea tan triste como esta de que así como el pan, ya santo sobre la mesa del hogar, se transforma en el altar de la iglesia en el cuerpo inmortal de Cristo, así la moneda es signo visible de una transustanciación y se convierte en *la hostia infame del demonio.*

Nuestra vida nos fuerza, desde la cuna hasta la sepultura, a perseguir esta inmundicia que las manos blancas y «medicatrices» de Jesús no quisieron tocar. Nos hemos habituado a una transustanciación más vulgar y más profunda: la moneda se convierte en pan y el pan en moneda. Al rechazarla, al huir de ella, no huimos sólo de la moneda vil, sino del sagrado pan, y nos aventuramos a no volverle a ver santificando nuestra pobre mesa. Rechazamos la vida poderosa y la vida beata, porque la beatitud no puede albergarse en el alma del necesitado. Si Jesús, hijo de Dios, no ne-

cesitó; si a Pedro le bastaba echar las redes en el lago y pescar un pez que llevara en las fauces la moneda para dársela a los sacerdotes del templo; es decir, si el Maestro y los discípulos no necesitaron—aunque los sacerdotes, sí — a orillas del próvido lago de Nazareth, ¿cómo tenderán sus redes los hijos de los hombres condenados hoy a vivir en Withechapel, o en la Willette, o ¿en las Cambroneras? La moneda es la vida; la moneda es el mejor amuleto contra el odio y el auxilio más eficaz para apartar las almas del camino de perdición.

Imagino el libro de Giovanni Papini en manos delicadas y perfumadas. El *boudoir* o el rincón discreto en el salón de la gran dama. Una mano, pasando por la frente, de nieve, va a jugar con los bucles de la melena infantil, que antes fué cabellera. El tejuelo del libro descansa sobre la falda, y la otra mano, que lo oprime, clava el índice entre las páginas, por el capítulo donde dice: «El estiércol del diablo». ¿Qué sentimientos la conmueven? Este capítulo tan bonito, ¿qué es, para ella, aparte de ser un aria deliciosa cantada por voz varonil y vibrante? Cuanto la rodea es moneda. Su propia distinción, lo más íntimo de su elegancia, es moneda. Sin embargo, un momento se dejará arrastrar por la magia del comentario, y también, en el fondo, por la virtud inextinguida del Evangelio. Cuánto durará ese momento, ese relámpago, no lo sabemos. Qué propósito, qué caridad despertará, tampoco. El valor de la prosa lírica, puesto a prueba, se aquilata sólo con haber obtenido la emoción pasajera y el instante de meditación.

Y en otras manos, blancas, sacerdotales, que lo reposan también sobre crujiente seda, ¿qué valdrá el libro de Papini cuando habla del estiércol del diablo? «Los dineros están hechos por los poderosos para las necesidades del poder». La palabra del Maestro ha sufrido ya muchas interpretaciones. «Los dineros son propiedad del rey y del reino—del otro reino que no es el nuestro—. El rey representa la fuerza, y es el protector de la riqueza; pero nosotros no tenemos nada que ver con la violencia y recusamos la riqueza. Nuestro reino no tiene poderosos, ni ricos...» Ante los ojos de Papini, que no son los de un iluminado, ha debido pasar la sombra del gran inquisidor de Sevilla, tal como le hizo razonar Dostoyewski en el trágico diálogo de los hermanos Karamazof. Aliocha, el hermano santo, no pudo, en realidad, vencer la lógica de Iván, el hermano rebelde. De las tres tentaciones en el desierto, ninguna fué tan clara para Roma como la tentación del poder. El poder que quita libertad, pero da pan, necesita «esa cosa inmunda entre las cosas inmundas que el hombre ha manufacturado para ensuciar la tierra y ensuciarse». Giovanni Papini vuelve atrás la vieja disputa, el secular remordimiento de Roma contra Nazaret, y prefiere la divina palabra.

Quizá crea que debe decirse, aun a sabiendas de que el mundo no hará sino oírla. Palabras incendiarias lanzadas al viento, sin temor de verlas prender llama en las trojes de nadie. El mundo las ha oído muchas veces y puede volverlas a oír. Está ya inmunizado. Le gusta escucharlas como una pueril canción de cuna, y llegaremos, impunemente, repitiéndolas, al mayor desenfreno lírico, en la seguridad de que aún conmoviéndonos todos, poetas y público, nuestra emoción no tendrá consecuencias. Y si diéramos forma en el teatro a la gran tragedia del Oro, es seguro que no haríamos abortar a ninguna espectadora millonaria, ni moriría nadie de terror como cuenta la tradición que ocurrió en la primera aparición repentina de las Euménides. Aun siendo la Miseria, entre todas, la Furia más temible y la más temida.

Ni siquiera influyen profundamente, seriamente, en la conducta y en el destino de quien las pronuncia. El «estiércol del diablo» no lo tocó Jesús; pero Giovanni Papini, hijo de hombre, y hombre al fin, lo rechaza sólo como idealista y como poeta; pero como autor va sacando su moneda de la boca a los públicos de todos los mares. Nuestras ideas no deciden de nuestra suerte. Si fuera así, ¿quién habría dominado el mundo mejor que Max Stirner, el egoísta puro, exento de prejuicios, libre de toda policía moral? «El Unico—yo—y mi propiedad—el Mundo». Pues con semejante grito de guerra le vencen moralistas trabados por toda clase de escrúpulos de conciencia, cae en la miseria negra, vive de un trabajo oscuro e impersonal, se consume en la prisión por deudas, y muere, solo, en un rincón. Las redes de Max Stirner vinieron a levantarlas después otros pescadores más audaces y menos sinceros.

Y, sin embargo, esta es la palabra que un día y otro debe ser pronunciada. Que los poetas de una religión y los utopistas del desinterés conserven el frenesí lírico preciso para combatir la gran lujuria del dinero. Aunque su flaqueza de hombres sensuales y ambiciosos les haga caer en tentación, al menos que el pensamiento no se humille.

LUIS BELLO.

(*El Sol*, Madrid).

México y el problema diplomático del Pacífico...

(*Viene de la página anterior*).

Nadie puede averiguar cuál será la solución definitiva del difícil problema diplomático que hoy ventilan yanquis y nipones. El pueblo de Tokio ha clamado guerra, y el Gobierno del Presidente Coolidge, se siente ofendido por el tono inusitado de la nota del Embajador Hanihara y las insinuaciones en ella contenidas, que se interpretan como inaceptable intromisión extranjera en la política americana. Si acaso continúa el desacuerdo, por la ratificación del Presidente Coolidge a la opinión del Senado, acaso Inglaterra y Francia se ofrecerán como mediadoras, siempre y cuando la cuestión debatida no se juzgue—como por desgracia habrá de juzgársela—en Tókio y en Wáshington, del género de diferencias internacionales que atañe al honor de los pueblos.

6

Y mientras los fuertes discuten y se alarman, bueno es que los débiles discutamos y nos alarmemos también. La ley de inmigración ha provocado, al dilucidarse, en el Senado americano, de parte de algunos senadores, actos que la susceptibilidad mexicana no podría pasar sin comentario. Un señor Neely, que representa al Estado de Virginia, profirió estas estridencias: «¿Por qué cerrar las puertas a los gambusinos italianos y a los ciudadanos de Noruega, y dejar entrar a los mexicanos *azuza-toros* y *come-sapos?*» Interrogación que habría que contestar, así es de grosera e impertinente, con esta otra: «¿Qué sapos comemos en México, diversos de los que nos guisan los senadores americanos?» Y por lo que mira a azuzar toros, cierto es que algunos hábiles mexicanos distínguense sobremanera en este cruel y bellísimo deporte digno del Circo Romano, mientras otros, como el célebre guerrillero Pancho Villa, no sólo toros saben azuzar; aun cuando, los más de nosotros, a diferencia de míster Neely, no seríamos capaces de injuriar a un gran pueblo para vengarnos torpemente de las insolencias de un ignorante.

7

México, las repúblicas centroamericanas, Colombia, el Ecuador, Chile y el Perú, tenemos grandísimos intereses en el problema diplomático del Pacífico. Nuestros inmensos litorales, tarde o temprano, recibirán la ola

asiática, que ya empezaron a sentir desplomarse. «Australia Blanca» es el mote de la defensa británica. Está, pues, cerrado ese continente al Japón. Por eso la inmigración japonesa en México y los pueblos del Sur, acreciéntase. Expulsados de California, los japoneses han pensado en el acto, con gran cordura, dentro de sus fines económicos y políticos, venir a México, es decir, quedarse en California, si no en la Alta, en la Baja; si no en los Estados Unidos de América, en los Estados Unidos Mexicanos.

8

Esto es lo que llamamos el problema diplomático del Pacífico en sus relaciones con nuestra República. ¡Siempre nuestro destino de pueblo excepcional en la historia! Discuten el Japón y los Estados Unidos un punto en apariencia inconexo con la política nacional, y, no obstante, aparece perfilándose en el horizonte de la diplomacia mexicana, una grave cuestión. ¿Cómo procederá el Gobierno del general Obregón en este caso azaroso y difícil? Los asuntos internacionales de México reclaman al frente de nuestra Cancillería a hombres de criterio profundo, juicio sereno y amplia y rica experiencia. Son dignos de un Bismarck o un Talleyrand...

Repitamos como conclusión de estas líneas, el mismo profético pensamiento del Primer Ministro de Australia, que les sirve de epígrafe: «Dentro de cincuenta años, el centro de gravedad de la civilización estará en el Pacífico». No lo olvide la nación mexicana, y quiera Dios que desde ahora prepare su destino futuro para no ser juguete de los factores supremos que se conjuguen en los conflictos por venir.

ANTONIO CASO.

(*Excelsior*. México, D. F.)

Noticiario

La estimación extranjera

(Carta a don ROGELIO SOTELA*).*

Poco le dirán estas palabras breves, mi amigo, de la admiración profunda y de la íntima complacencia con que he recorrido su libro, enviado hace tanto tiempo [1]. He ido dejando esta carta para más tarde siempre porque creía poder llegar hasta Costa Rica, cosa que no ha sido posible. Antes de salir de México me pongo a escribirle unas palabras rápidas.

Su libro no ha tenido una sino tres lecturas completas. Tiene Ud. innumerables coincidencias espirituales conmigo. A veces me ha llegado a parecer que leía mi pensamiento interior... Así somos semejantes, Sotela.

Hacen mucha falta en nuestra pobre América libros de la índole del suyo, en vez de tanta garrulería poética que anega el continente... Los lee con provecho el mozo y el viejo; son una verdadera concentración de una vida, entera, que dice su experiencia, para provecho de todos. Agradezco yo esta lectura como uno de los bienes mejores, de índole intelectual que haya recibido y, repito, en estas palabras apresuradas no alcanzo a decirle cuánto me ha hecho meditar, cuánto me ha ennoblecido muchas horas.

Cada día aparto más el caso espiritual de Costa Rica y lo miro con una mayor simpatía. Tienen ustedes almas muy bellas y, sobre todo, profundas. Hay más seriedad mental allí que en otros países tropicales. Noto yo una cultura más pareja que la general del continente, en su tierra; he cultivado amistad con gentes de allí, llenas de bondad y de hermoso carácter. Y queriendo como quiero a Costa Rica, me duele no cumplirles mi promesa de pasar a visitarlos. Se me ha ido mucho tiempo en México, y ahora salgo para dirigirme a Italia, por donde quiero andar sin prisa, para ver bien.

Hágame saber de usted, de lo que hace, de tarde en tarde, como decimos los chilenos.

Salúdeme muy cariñosamente al estimadísimo García Monge, a Coto Montero y a los demás amigos.

Hasta luego.

GABRIELA MISTRAL.

Méx., 4 de abril—24.

(Envío del Sr. Sotela).

(1) *Recogimiento*, por Rogelio Sotela. En las «Ediciones del Repertorio Americano». 1922.

Gabriela Mistral se va de México

Gabriela Mistral, la consagrada educadora chilena, la poetisa exquisita, la mujer que durante largo tiempo vivió entre nosotros dedicándonos sus actividades literarias y haciendo escuela de su sabiduría entre nuestros niños, se va. Emprende la señorita Mistral una jira que, según sabemos, se iniciará en Cuba, seguirá por los Estados Unidos y terminará en España y algunas otras naciones de Europa

Ayer, la maestra y escritora se despidió de *Excelsior* con las amables y sentidas frases siguientes:

«GABRIELA MISTRAL saluda respetuosamente y muy cordialmente al señor Director de *Excelsior*, y al dejar su patria, tiene la honra de presentar a usted su agradecimiento vivo y leal por las numerosas atenciones que recibió del periódico, durante su estada, y que ella recordará en toda tierra.

»Lleva el buen recuerdo de que *Excelsior* es amigo generoso del extranjero que pisa México, siempre que el extranjero traiga deseo de servir y respeto hacia sus instituciones.

»Le pide que, por la circulación que tiene el periódico en los Estados, se digne despedirla de los amigos mejores que ella deja en el país, que son maestros y familias provincianas, que la ayudaron en el trabajo escolar que ella verificó en varias regiones y le dispensaron atenciones inolvidables.

»Al despedirse del periódico, se permite formularle una pequeña petición: la de que en las Páginas Latinas semanales, tenga sitio permanente nuestra América del Sur, en la cual existe el anhelo más verdadero de intercambio espiritual con México».

(*Excelsior*, México, D. F.)

Mensaje de los estudiantes mexicanos a los argentinos

La gran poetisa Gabriela Mistral, al ausentarse de México, será portadora de un expresivo mensaje que los estudiantes de la «Unión de la Juventud de Hispano-América» envían a sus compañeros de la República Argentina. Don Luis Rubio Silíceo, Presidente de la entusiasta agrupación estudiantil mexicana, nos ha facilitado amablemente el texto del mensaje, que publicamos a continuación:

«Compañeros:

Como un principio de solidaridad, fundado en una ley natural de acercamiento entre los pueblos que por su origen y su estructura ideológica han venido luchando al amparo de una democracia espiritual, nos mueve a que desde esta tierra, que es la vuestra también, os enviemos un saludo fraternal suplicándoos de antemano que no veais el simple saludo de cortesía que se acostumbra en estos casos, sino el saludo espontáneo, sincero y entusiasta de quienes se empeñan por fortalecer la unión de los pueblos hispano americanos.

Por la razón apuntada, la «Unión de la Juventud de Hispano-América», ha querido enviaros este mensaje del cual es portadora la ilustre escritora chilena doña Gabriela Mistral. Por esta misma causa, y a fin de que nuestra labor tenga eco en los pueblos de la América Española, os invitamos con entusiasmo de convencidos a que pongáis

(Pasa a la página 173).

El dulce secreto

A la gentil escritora ADA FLORI, heroína hermosa del amor materno.

En un jardín delicioso, después de un instante llegan EL HADA GENEROSA, la niña MILTIL y el niño TILTIL. Vienen de lejos, eso se nota en los ojos de cansancio de los niños, nada más.

Hada.—Al fin hemos llegado.
Miltil.—Debes estar cansada como lo estamos nosotros.
Tiltil.—Como lo estás tú, debes decir, porque yo no siento cansancio alguno.
Miltil—¿Y crees que aquí encontraremos lo que venimos buscando?
Hada.—Si aquí no damos con él, podemos afirmar que en ninguna parte del universo existe el pájaro azul de la felicidad verdadera.
Miltil.—¿En dónde estamos?
Tiltil.—Hay muchas cosas raras, flores de colores variados...
Miltil.—Arboles muy grandes con muchos nidos...
Tiltil.—Y mucha gente, allá abajo, en la orilla de aquella laguna.
Miltil.—Bailan unos, navegan los otros...
Tiltil.—Aquellos se pasean cogidos de la mano.
Miltil.—Como dos novios...
Tiltil.—No seas imprudente; te puede oir el hada buena y entonces...
Hada.—Y entonces, ¿qué?
Tiltil.—¿Me has oído?
Hada.—Me es dado oirlo todo, hasta aquello que, en silencio, te dices a ti mismo y hasta aquello que crees ver cuando sueñas.
Tiltil.—Por eso tanto te queremos: porque adivinas nuestros pensamientos.
Miltil. — Como hacía nuestra madre adorada, cuando apenas podíamos hablar.
Tiltil.—Y cuando hablábamos mucho también.
Miltil.—¿En donde estamos, hada generosa?
Hada.—En el Jardín de los Cuentos de Niños.
Miltil.—¿Y quiénes son aquellos que tanto parecen divertirse allá abajo?
Tiltil.— Son personas de rara presencia, muy pocas visten igual. Pareciera... no sé... pareciera...
Miltil.—Una noche de carnaval como aquellas que vimos en la encantadora ciudad de Venecia.
Tiltil.—Cuando creiste que, en uno de aquellos palacios rodeados de agua oscura, íbamos a encontrar el pájaro azul que tanto deseamos poseer.
Miltil.—Por estar hablando tanto no dejamos que el hada bondadosa nos explique quienes son los que en este jardín encantado pasan la vida en continua diversión.
Tiltil.—Déjala hablar y verás.
Hada.—Creí que no necesitaríais que os dijera sus nombres. Aquellos personajes son viejos conocidos vuestros. Fueron vuestros compañeros de infancia.
Tiltil.—Primera vez que los veo.
Hada.—Con ellos jugásteis muy a menudo.
Miltil.—Están demasiado bien vestidos para que, con nosotros, alguna vez, jugaran.
Hada.—Os hicieron reir multitud de veces.
Tiltil.—¿Son algunos payasos?
Hada.—También, en no pocas ocasiones, os hicieron llorar.
Miltil.—¿Reir y llorar?.... ¡Es extraño!...
Tiltil.—No te maravilles; todo lo que hasta hoy hemos conocido, nos ha hecho reir, unas veces, y llorar, otras.
Miltil.—Pero, ¿quiénes son, hada generosa? No nos hagas sufrir con esta curiosidad que cada vez se hace más intensa.
Tiltil.—La curiosa eres tú; yo, por mi parte, no pregunto....
Miltil.—Sí; dejas que lo haga yo por los dos.
Tiltil.—No le digas, hada hermosa, no le digas quienes son: no satisfagas su curiosidad.
Hada.—No os lo diré: ellos mismos se harán reconocer de sus amiguitos ingratos que, apenas pasados unos años, no se acuerdan de aquellos seres fantásticos, como ellos y como nosotras las hadas, que llenan de ilusión vuestras horas más deliciosas cuando alguien, con encanto sin igual, os dormía placentera, relatándoos muchas historias bellas.
Miltil.—¡Mamá!
Tiltil.—¡Y la mamá de mamá!
Hada.—Ellos os dirán sus nombres, sus más hondos anhelos y talvez encontraréis, en sus palabras, que no serán sino recuerdos de recuerdos, lo que tanto deseamos hallar.
Miltil.—¿El pájaro azul?
Tiltil.—No lo creo; imposible me parece que puedan ser dueños del pájaro con el que tanto soñamos, esas personas que no piensan sino en divertirse.
Miltil—Talvez por eso están tan alegres.
Hada.—Haced silencio; ya se acercan.
Tiltil.—¿Podemos hablar con ellos?
Miltil.—Sería una falta de respeto, ¿verdad, Hada generosa?
Hada.—Podéis hacer cuanto os agrade. Si algo os causa admiración, hablad con toda confianza. Ya muchas veces, en épocas no lejanas, tuvisteis con ellos largas y fecundas conversaciones...

Entran, vistosamente ataviadas, las siete notas. Su entrada recuerda la de las horas en la deliciosa Danza de Gioconda. Cada una de ellas trae una campanilla que da la nota exacta que ella representa y que hacen oír de cuando en cuando, en preciosas escalas ascendentes y descendentes.

Do.—De la música somos las hijas.
Re.—Que entonando una dulce canción,
Mi.—Recorremos el mundo felices,
Fa.—Prodigando ternuras y amor.
Sol.—En el alma llevamos caudales
La.—De alegría, de ensueño y de paz:
Si.—Que la música inspira entusiasmos
Do.—Que son fuente de toda bondad.
Re.—Las tristezas del mundo nos hallan
Mi.—Saturadas de calma y valor:
Fa.—De Cecilia, la alegre doncella
Sol.—Nos protege el gentil pabellón.
Miltil.—¡Esas voces!... yo las he oído...
Tiltil.—¿Cuándo?
La.—Cuando vuestra madre bondadosa os cantaba bellas canciones al lado de vuestra cuna.
Miltil.—¿Entonces sois?...
Si.—Las notas musicales, las que, en amor intenso, nos reunimos a menudo para formar las melodías y las

armonías que despertaron, en vosotros, el sueño reparador y el ensueño maravilloso.

Tiltil.—¿De dónde venís?

Miltil.—¿Quién os hizo surgir, con tanta delicadeza, del fondo oscuro en donde seguramente dormíais?

Do.—Una madre amorosa que deseaba calmar las tristezas de su hijo desgraciado.

Re.—Un corazón materno que quiso llenar de ilusiones el sendero encantado por el que había de seguir el hijo de sus amores.

Mi.—Una patria adorable, madre ella también, madre de madres, que quiso llevar a sus hijos a la defensa del hogar sagrado, a la lucha, a la victoria!...

Fa.—Una madre angustiada que, en medio de sollozos rítmicos, dispuso acompañar al pedazo de su alma hacia regiones vaporosas en donde reinan la Muerte y el Silencio.

Sol.—Fueron las ansias maternas de todos los momentos las que a nosotras nos hicieron nacer.

La.—¡Y vivir en el alma de los hombres!

Si.—¡Y dominar en el mundo y en los mundos!

Las notas, en alegre algarabía, van desapareciendo lentamente, como se desvanecen los últimos compases de una serenata deliciosa en el silencio armonioso de una noche de luna.

Tiltil.—¡La música me entusiasma! Quiero ser músico, quiero...

Miltil.—No quieras nada porque aquí vienen dos raras parejas que, seguramente, han de hacerte cambiar de opinión.

Entran Barba Azul, el de la terrible y vengadora espada, del brazo de la humilde y bella Cenicienta. Con ellos vienen, en íntimo coloquio, la ingenua Caperucita Roja y el astuto Caballero Lobo de la fábula ingrata.

Lobo.—No logro comprender, deliciosa Cenicienta, cómo pudiste dominar al Caballero de la Barba Azul a quien todos y todas, principalmente todas, temían con razón.

Cenicienta.—Tampoco yo me explico en cuál forma la ingenua Caperucita ha dominado tus instintos sanguinarios, haciendo de ti el más caballero entre los caballeros.

Barba Azul.—Realmente me siento otro. Ya no dudo de cuantas personas se acercan a mí, ya no veo malicia en todas las miradas ni traición en todos los gestos.

Lobo.—¿Te has saturado de confianza?

Barba Azul.—¡Así lo creo!

Lobo.—¡Malo, malísimo!

Caperucita.—¿Por qué dices eso, Lobo mío?

Cenicienta.—¿Quieres aparecer más malo de lo que realmente eres?

Caperucita.—No digas que es malo mi Lobo, Cenicienta amiga. ¡Es tan delicado!

Barba Azul.—¿Ya no le gusta engañar a las abuelitas que muy bien envueltas están en sus sábanas de suave holanda?

Cenicienta.—No seas murmurador, Barba Azul.

Barba Azul.—¿Ya no se burla de las ingenuas chiquillas que encuentra en el bosque solitario?

Lobo.—Todo eso que antes era mi encanto, ya no me satisface. Me parece obrar contra los buenos deseos de mi dulce Caperucita.

Barba Azul.—Eso mismo digo yo: la Cenicienta humilde pudo más que las damas aristocráticas con las cuales, equivocadamente, quise unir mi suerte en desigual matrimonio.

Miltil.—¿Y cómo lográsteis eso, amables mujercitas?

Lobo.—¡Mira cuán curiosa es la chiquilla!

Tiltil.—¿Eso querías?

Caperucita.—Tiene derecho a saberlo: lo logramos por medio del amor.

Tiltil.—¿Del amor profano, como dice el cura de mi aldea?

Cenicienta.—Por medio del amor divino entre todos los amores: ¡el amor de madre!

Miltil.—No comprendo.

Lobo.—Si yo era malo, si asaltaba a quienes cerca de mí llegaban lo hice porque nadie supo inculcar en mi alma la bondad.

Barba Azul.—Ni el Caballero Lobo ni yo, conocimos las dulzuras de la infancia, esas inefables dulzuras que se experimentan cuando se apoya la soñadora cabeza en el regazo tibio de una mujer que es toda amor.

Lobo.—No supimos de canciones armoniosas que fueran evocando, en nosotros, el ansia de hacer el bien por la sola satisfacción de hacerlo.

Barba Azul.—No nos enseñaron a ser buenos, desde muy pequeños nos lanzaron a la vida.

Lobo.—¡A sufrir hambre!

Barba Azul.—¡A pasar frío!

Cenicienta.—¡No conocieron el cariño materno!

Miltil.—¿Y vosotras?

Lobo.—Ellas nos hicieron saborear las delicias del más grande de los amores.

Barba Azul.—Con ternura sin igual, como si fuésemos chiquillos, nos fueron dirigiendo, inculcaron en nuestras almas el ansia insaciable de ser buenos.

Lobo.—Y lo fuimos sinceramente.

Barba Azul.—Y lo somos de corazón.

Caperucita.—Y lo serán con toda el alma.

Tiltil.—¿Cómo hicisteis para comprender que lo que les faltaba era el amor de la madre?

Cenicienta.—Porque también yo, en mi infancia dolorosa, crecí sin el cariño desinteresado de una madre. Al sentir el calor sofocante de la cocina llena de humo, comprendí que algo me faltaba: el calorcito delicioso que sólo se encuentra en los brazos maternos.

Caperucita.—Que al fin encontraste cuando el Hada bienhechora...

Miltil.—¿Cuál?... ¿Esta que nos acompaña?...

Caperucita.—Esta u otra; todas son igualmente generosas.

Cenicienta.—Cuando el hada bienhechora convertía los harapos en vistosos vestidos, las calabazas en coches de lujo y los traviesos ratoncitos en briosos caballos que me llevaban al baile en donde...

Lobo.—Perdiste el zapatito minúsculo como otras, en los mismos bailes, pierden cosas que valen mucho más que un escarpín de muñeca.

Barba Azul.—No seas malicioso, Caballero Lobo, no seas malicioso.

Lobo.—Tienes razón; mucho cuesta, en verdad, olvidarse que lobos somos.

Algo distraído, por íntimos pensamientos, ha entrado Polichinela, quien al escuchar la frase última pronunciada por el Caballero Lobo, se adelanta y dice:

Polichinela.—Así como cuesta olvidarse que, en este mundo del eterno juguete, estamos obligados a reír y a hacer reír.

Cenicienta.—¿Sufres, amigo Polichinela?

Lobo.—¿Sigue la eterna enfermedad de la inconstante Colombina?

Tiltil.—¿Cuál enfermedad?

Barba Azul.—Muy pequeño estás para conocerla y para comprender sus múltiples consecuencias.

Miltil.—No preguntes lo que no puede interesarte.

Lobo.—Déjale; más tarde ha de interesarle y mucho, por cierto.
Barba Azul.—Desgraciadamente es hombre.
Miltil.—Y a mí, que soy mujer, ¿no ha de interesarme?
Caperucita.—¿Sabes, Polichinela, por qué Colombina te hace sufrir?
Polichinela.—¡Cuánto daría por saberlo!
Barba Azul.—La culpa es tuya.
Polichinela.—¿Mía?
Cenicienta.—No le hagas caso. Colombina habría sido buena...
Polichinela.—¡Buena lo es!
Caperucita.—Habría sido fiel...
Polichinela.—¡Fiel me es y mucho!
Lobo.—Habría sido enemiga de encelarte...
Polichinela.—¡Si no soy celoso!
Barba Azul.—No le habría gustado coquetear con éstos y con aquéllos...
Polichinela.—¡Y bien que le gusta!
Cenicienta.—Si en su juventud hubiese tenido una madre afectuosa; si en el tablado de la farsa eterna, hubiese encontrado el cariño profundo que sólo el corazón materno sabe prodigar.
Polichinela.—¿Y crees que sea posible corregirla?
Lobo.—¡Naturalmente!
Polichinela.—¿Aún ahora?
Caperucita.—Nada es imposible para un alma enamorada. Haz como hicimos nosotras, Cenicienta y yo, y lograrás domar a la inconstante Colombina.
Lobo.—¡Como Cenicienta domó al Caballero de la Barba Azul!
Barba Azul.—¡Y como la linda Caperucita supo doblegarte a ti, presuntuoso!

Don Quijote, con majestuoso caminar, ha ido acercándose.

Don Quijote.—¿Quién habla de doblegar a quién?
Polichinela.—¡Salve, Caballero de la Triste Figura!
Don Quijote.—¡No he hecho tan triste figura en el mundo como tú crees y como tú la hiciste!
Polichinela.—¡Me ofendes!
Don Quijote.—Un vil farandulero no puede sentirse ofendido por las palabras del más valiente de los caballeros andantes.
Cenicienta.—¡Haya paz, señores!
Polichinela.—Por mi parte siempre la ha habido y siempre la habrá.
Lobo.—Nunca supiste, de verdad, sentirte ofendido.
Don Quijote.—En lo que a mí me corresponde, habrá paz si este menguado afirma que es cierto, como en realidad lo es, que no hay en el mundo mujer más encantadora que la dueña de mis ensueños: la sin par Dulcinea del Toboso.
Barba Azul.—No habrá dificultad para que Polichinela así lo afirme.
Caperucita.—Dulcinea tuvo siempre un corazón generoso.
Cenicienta.—Si bien era y es doncella de las más preciadas, por sus acciones y por la manera gentil como supo inspirarte en tu larga vida de aventuras, pareciera una madre amorosa que estuviese continuamente velando, aunque de lejos, por todos y por cada uno de los pasos que en el mundo va dando su hijo bien amado.
Don Quijote.—Eso fué y eso es para mí: una madre bondadosa, la más alta dama por la que puede batirse, en lucha desigual y sin igual, el más andante de los caballeros andantes.
Polichinela.—Si es así, declaro, como lo deseas, que en el mundo no hay más encantadora mujer que tu dama, doña Dulcinea del Toboso.
Caperucita.—Gracias, valientes caballeros.
Don Quijote.—¡Ese no es caballero!
Caperucita.—Gracias os sean dadas porque habéis desistido de vuestros anhelos de lucha.
Cenicienta.—Habríais turbado la dicha y la tranquilidad de este delicioso jardín.
Lobo.—Lo que habría sido doblemente doloroso.
Don Quijote.—¿Por qué te atreves a hacer esa afirmación?
Cenicienta.—Porque estamos en presencia de una de las hadas bienhechoras de nuestra pobre humanidad.
Don Quijote.—¿Y qué desea la gentil dama, émula de la dulce y deliciosa princesa Micomicona? ¿Hay algún entuerto que desfacer? La invicta espada mía está a sus reales órdenes.
Barba Azul.—Ha viajado el mundo entero en compañía de estos dos chiquitines.
Don Quijote.—¿Y qué buscan los dos arrapiezos? ¿Justicia contra algún desalmado? ¿Dónde está ese malandrín?
Polichinela.—No es eso lo que buscan...
Don Quijote.—Calla tú, escudero de escuderos; no eres quien para explicarme lo que no sé.

Entra Schehrazada seguida por las Ilusiones, vestidas todas como lo que realmente son, como ilusiones.

Schehrazada.—Vengo, Noble Caballero, siguiendo los vuelos de esta bondadosa Hada: he sido yo quien ha tratado de ayudarle a encontrar el pájaro azul de los ensueños, obsequio valioso que deseaba hacer a estos dos encantadores chiquitines; en vano he ido haciéndole conocer, una a una, todas las ilusiones de mi alma que conmigo vienen ahora; todos mis esfuerzos han sido inútiles, pues en ninguna de ellas ha descubierto lo que tanto deseaba hallar.
Don Quijote.—¿Y estas deliciosas damas son...?
Lobo.—¿No has oído? Son las ilusiones.
Cenicienta.—Con vuestros encantos que son muchos, ¿no habéis logrado nada?
Ilusión de Reír.—Mis risas entusiastas y sinceras, cascabeles armoniosos de una alegría enloquecedora, no hicieron impresión alguna en ellos.
Ilusión de Cantar.—Con mis canciones preferidas, cadenciosas unas, apasionadas las otras, no pude cautivar su atención.
Ilusión de Bailar.—Mis bailes, de todos los ritmos, de todas las regiones y de todos los tiempos, fueron inútiles movimientos ante sus miradas severas.
Ilusión de la Primavera.—Los matices, fuertes y suaves, y los misteriosos y penetrantes perfumes de mis jardines encantados, pasaron, ante sus sentidos, sin dejar en ellos, rastro alguno de dicha verdadera.
Ilusión del Invierno.—La blancura de mis nieves y la caricia, llena de escalofríos, de mis vientos helados no les interesaron ni un momento siquiera.
Ilusión del Otoño.—Y mis frutas deliciosas y el vino generoso de mis lagares causaron, en ellos, una sensación de momento, fugaz como todos los momentos.
Ilusión del Estío.—Mis calores sofocantes que hasta a las ninfas desnudas obligan a buscar las sombras generosas, no les produjeron interés alguno.
Ilusión de los Colores.—Desde el rojo apasionado hasta el místico violeta, todos los colores que me entretengo en formar jugueteando con la luz, fueron vano pasatiempo para ellos.
Ilusión de la Lluvia.—Ni eso lograron obtener las brillantes gotas que, como miradas de mujeres ensoñadoras, hacía caer del cielo para que, al repicar, al igual de campanillas armoniosas, en los techos y en las hojas, llamasen su atención.
Ilusión de Amar.—Cuanto ejemplo grandioso de amor

divino y humano hice surgir a su paso, obtuvo de ellos solamente una deliciosa sonrisa de simpatía.

Ilusión de Pensar.—Al despertar, en la mente de los grandes hombres las ideas atrevidas, los pensamientos audaces, las concepciones generosas, fuí más afortunada que mis hermanas. Mas ay! ¡cuán breve fué mi triunfo!

Schehrazada.—Y aquí ¿has encontrado algo, hada generosa?

Hada.— Aquí terminaron mis peregrinaciones por el universo; hemos encontrado, entre estos muñecos que inventó la fantasía humana, el pájaro azul de la verdadera felicidad.

Miltil.—¿Dónde está?

Tiltil.—¿Cuál es?

El Hada.—El amor materno. Habéis oído a todos los personajes que alegraron las horas felices de vuestra infancia ingenua y de vuestra adolescencia encantadora: todos ellos proclaman las excelencias del amor de madre.

Schehrazada.—Es la única de las ilusiones que conmigo no viene.

Hada.—No podía acompañarte porque ilusión no es.

Schehrazada.—Si no lo es, ¿por qué tánto la buscabas, teniéndola tan cerca del corazón?

Hada.—Porque el amor materno, como todas las dichas verdaderas, como la verdadera Felicidad, está cerca de nosotros, está en nosotros mismos, sentimos su aliento vivificador, inspira nuestras mejores acciones sin que comprendamos que es a él a quien todo lo debemos.

Cenicienta.—Eso lo llegamos a comprender cuando la muerte traidora nos arranca la mujer querida para quien todas las felicidades están resumidas en una sola: la dicha del hijo adorado.

Miltil.—Tienes razón, hada admirable: el pájaro azul de la felicidad está en nuestra propia casa.

Tiltil.—¡Tan cerca de él que estábamos y tan lejos que venimos a encontrarlo!

Miltil.—¿Y te pesa?

Tiltil—No, hermana adorada, porque he conocido al seguir su huella muchas cosas hermosas, muchas gentes amables, preciosos panoramas, nobles acciones...

Schehrazada.—En una palabra, nos conocisteis a nosotros, los personajes de quienes, con ligereza tal vez, te hablaron profesores sabihondos que no veían más lejos de su propia nariz.

Hada.—Y vosotros, niños encantadores, que habéis escuchado esta tarde las frases sugestivas de los muñecos de que hablan los cuentos infantiles, acordaos que las madres, vuestras amorosas madres, a fuerza de tanto entonar canciones, a fuerza de tanto prodigar amor, han dejado de ser mujeres para convertirse en lo que somos nosotras, hadas generosas, que os ayudan a cortar, con sabiduría, las rosas de las ilusiones para que no os hagan sufrir las espinas del desengaño, hadas admirables que hacen más buenas las fuentes serenas en las que, tarde o temprano, habéis de saciar vuestra sed antes de recorrer el estrecho y cansado sendero de la existencia.

José Fabio Garnier

Eduardo Uribe

LA VOZ OBSESIONANTE
San José, Costa Rica
MCMXXIV

El poeta Eduardo Uribe
(Visto por Paco Rodríguez Ruiz).

Era el año de 1899. El liberalismo colombiano hostigado por el despotismo de los gobiernos conservadores, se había lanzado a la guerra civil para reinvidicar sus derechos y las libertades que no se le querían conceder. Habían marchado al destierro hombres de la talla de Santiago Pérez Triana, César Conto, Juan de Dios Uribe y muchos otros. Fué en Peralonso donde las armas liberales obtuvieron su primera victoria luchando casi sin elementos o con los que se le arrebataban al enemigo. Después de tres mortales días de combatir rudamente se tomó a Cúcuta en donde las fuerzas revolucionarias establecieron el Gobierno Provisorio.

Entre el alborozo del primer triunfo vino a amargar la alegría general un cable de Quito en que se comunicaba la muerte del Indio Uribe. En Colombia era conocido este gallardo paladín del liberalismo con este nombre familiar. Después de don Juan Montalvo no ha tenido la América panfletista más formidable, polemista más insigne, de clásico decir, de verbo encendido y convincente, de vehemencias arrebatadoras como Juan de Dios Uribe. La obra de este luchador consta de varios volúmenes, pero anda todavía dispersa en folletos y periódicos, y sus discursos, críticas literarias y polémicas han salvado ya la posteridad. La muerte le sorprendió siendo Secretario particular del General Alfaro y Rector de la Universidad de Quito. Todavía se recuerda y se cita con frecuencia su famoso discurso fúnebre ante los restos de Máximo Jerez, pronunciado en León de Nicaragua, que empieza de esta suerte: «El partido liberal no cree en la resurrección de los muertos porque él los resucita en la conciencia de los pueblos libres». Quien oyó este panegírico nos cuenta que Juancho Uribe fué llevado hasta su casa en hombros por la multitud que lo escuchaba, y los restos del gran de hombre quedaron medio solos por el delirio de la ovación.

Hijo de este notable hombre de las letras colombianas es Eduardo Uribe, mozo imberbe que mantiene el fuego sagrado de la belleza, característico en este apellido cuyos miembros han sobresalido en las ciencias, en las artes y en la milicia. El talento en esta familia no ha sido una efímera flor de contingencia sino una afirmación continua que prueba una vez más la ley de la herencia.

Eduardo Uribe acaba de publicar en esta ciudad un hermoso volumen de versos con el inquietante nombre *La voz obsesionante*, prologado bellamente por Carmen Lira, la insigne escritora que lleva el Cetro de la intelectua-

(Pasa a la página 171).

HOMBRES Y PUEBLOS

Mahatma Gandhi en libertad

El hombre identificado con Dios



GANDHI,
al entrar en la cárcel

Un decreto y un libro

EL virrey de la India ha puesto en libertad a Mohandas Karamchad Gandhi, llamado el *Mahatma* («Alma Grande», «El identificado con Dios»). Trescientos millones de indios celebraron con grande júbilo la excarcelación de su apóstol, cuya doctrina de la *Ahimsá* (No Violencia) determina el fenómeno político más hondo de la vida contemporánea.

Coincidiendo con la libertad de Gandhi, Romain Rolland ha publicado su biografía en un volumen de menos de 200 páginas, modelo de interés, documentación y emoción. Conocido el espíritu de independencia y rectitud que inspira al autor de *Juan Cristóbal*, su estudio del Mesías indio tiene un alto valor de probidad. El nos revela en la India actual un pueblo totalmente desconocido de Europa, del que sólo sabemos ciertas costumbres y paisajes, pintorescamente descritos por Ruyard Kipling, y fugaces momentos sentimentales reflejados en las estrofas de Rabindranath Tagore.

La India resucitada

LA India «resucitada» por Gandhi y estudiada por Romain Rolland es más que esto, mucho más que esto. Es un país inmenso, rico, fértil, cuyos trescientos millones de habitantes tienen ya un ideal políticorreligioso, un caudillo y una organización. De tal suerte y con tan vasta y firme disciplina, que, a una sola orden de Gandhi, las ciudades quedan desiertas, los campos restan sin cultivos, la vida entera se interrumpe en un gran silencio dramático. Y he aquí que un solo hombre, desmedrado, flaco y humilde, con el turbante raído o túnica basta, los pies desnudos y apostólicos, nutrido con puñados de arroz, no bebiendo más que agua pura, sin ejércitos, sin cañones, sin una sola arma, renueva, en nuestros días de submarinos y aeroplanos, los viejos milagros mesiánicos de Moisés y Mahoma.

Y mientras en la Europa del Rhur y de los armamentos, del Soviet y de los imperialistas, se esfuerzan vanamente los políticos por imponer, con el hierro y con el fuego, un ideario popular, en la India del Silencio y de la No Violencia, un hombre solo, flaco y triste, infunde un ideario unánime a trescientos millones de compatriotas.

Rey sin corona

DE familia rica e ilustre—su abuelo y su padre fueron primeros ministros en el Estado semi independiente de Porbandar, «La ciudad blanca», al Noroeste de la India—, Gandhi, a los diez y nueve años, llega a Londres para completar sus estudios.

Tres años permanece en la Metrópoli fortificando la gravedad de su espíritu con una vida austera, de estudios en la Escuela de Derecho y largas investigaciones políticorreligiosas en las bibliotecas y archivos. Al regresar en 1891 a Bombay, inscríbese como abogado en aquella Audiencia, llamando la atención por su talento y probidad, que le impulsa a rechazar «pleitos inmorales».

Por entonces, el profesor indio Gokhale y el célebre político nacionalista Dadabhai, precursores de la agitación contra Inglaterra, logran atraerle a la vida pública con el programa de la *Ahimsá*, la No-Violencia, la pasividad heroica, «palabra mágica—escribe Romain Rolland — sublime mensaje de la India al mundo».

Gandhi se lanza férvido a la contienda. Orador, periodista, organizador de comités, multiplica su actividad en términos tan lucidos que en pocos años es el ídolo de las masas. Rico, popular, prestigioso, le llaman «el rey sin corona». Porque, en efecto, reina en la intelectualidad y en la plebe con aquellas virtudes sólidas del saber, de la generosidad y del sacrificio. Tanta es su fama de adalid nacionalista, que habiendo, en 1893, prohibido Inglaterra la emigración de indios al Transvaal y perseguido inhumanamente a los que residían allí, Gandhi es solicitado por aquellos compatriotas.

Acude presto en su socorro. Los en-

(Pasa a la página 172).



GANDHI,
al salir de la cárcel

Una de las primeras resoluciones del Partido Laborista inglés fué sacar a GANDHI *de la prisión británica en la India, teniendo en cuenta su mala salud y después de descontar casi dos años de los seis a que fué sentenciado.*

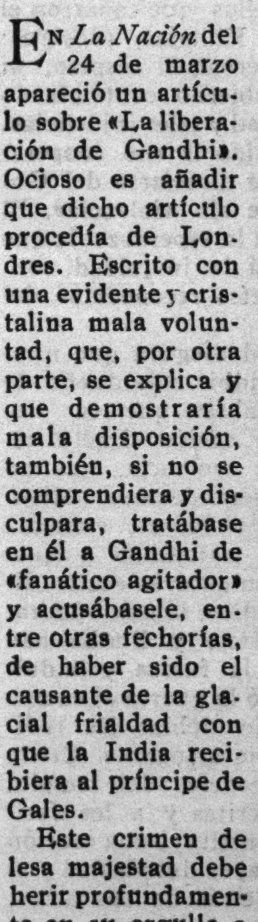
El Mahatma Gandhi a través de Romain Rolland

«El occidente tiene su fe incoumovible en la fuerza y en la riqueza material: por consiguiente, aunque eleve voces por la paz y el desarme, su ferocidad rugirá siempre más fuerte. Nosotros, en la India, tenemos la misión de mostrar al mundo lo que representa nuestra verdad, que no solamente hace posible el desarme, sino que le transforma en fuerza. Por ello es lógico que el Mahatma Gandhi, débil de cuerpo y desprovisto de todo recurso material, evoque el inmenso poder de los dulces y de los humildes...»

Rabindranath Tagore

«The deed is not what one sould desire to understand. One should know the doer».

Kanshitaki Upanishad



En *La Nación* del 24 de marzo apareció un artículo sobre «La liberación de Gandhi». Ocioso es añadir que dicho artículo procedía de Londres. Escrito con una evidente y cristalina mala voluntad, que, por otra parte, se explica y que demostraría mala disposición, también, si no se comprendiera y disculpara, tratábase en él a Gandhi de «fanático agitador» y acusábasele, entre otras fechorías, de haber sido el causante de la glacial frialdad con que la India recibiera al príncipe de Gales.

Este crimen de lesa majestad debe herir profundamente en su orgullo a todo buen patriota inglés. Pero cuando no se es inglés de nacimiento, ni anglófilo, ni siquiera anglófobo, cabe considerar las cosas con un criterio algo más más imparcial.

Por mi parte, siento la mayor admiración por Inglaterra. Siento incluso pasión por algunos de sus poetas, por los *berbaceus borders* de sus parques, por sus antiguos muebles Chippendale, William and Mary o Queen Anne, por la belleza de sus viejos cristales y de sus jóvenes ingleses, sin contar lo demás. Pero confieso que el príncipe de Gales me es completamente indiferente... Sé, gracias a las revistas, que monta admirablemente a caballo, que viste admirablemente y... punto final.

No es, por lo tanto, del joven príncipe, sino de Gandhi, de quien tengo interés en hablaros. Todo el mundo no ve a dicho apóstol como un «fanático agitador», y puesto que la prensa se ocupa en estos momentos de él, siento la necesidad de hacer aquí el resumen sumarísimo de un libro que me ha conmovido profundamente y cuya lectura aconsejo.

«Al pueblo que desafía al tiempo.
A la India resucitada.
En el aniversario de la condenación de su Mesías».

18, marzo, 1922

Tal es la dedicatoria que ostenta el libro, y he aquí lo que su autor, Romain Rolland, nos dice sobre el indio que Raymond Bridgeway califica de «fanático agitador»:

Nacido al Noroeste de la India, en Porbandar, el 2 de octubre de 1869, Gandhi, llamado por su pueblo el «Mahatma» («Maha», grande; «Atma», alma), es un hombre pequeño, de apariencia débil. Vestido de tela burda; desnudos los pies, durmiendo sobre el suelo, alimentándose con arroz y no bebiendo sino agua, descansa poco y trabaja de continuo; nada sorprende en él a primera vista, fuera de su expresión de paciencia y de amor infinitos. La sinceridad de su carácter brilla inmaculada aun; escrupuloso, dulce y sencillo como un niño, el «Mahatma» procede de un medio rico y cultivado, pero no de la casta superior. Su primera educación fué confiada a un brahman. Casado a los doce años, macrhó a los diez y ocho a Inglaterra para completar sus estudios en la Universidad de Londres y en la Escuela de Derecho. Por aquella época, una crisis religiosa le conmovió y agitó profundamente. Rebelado contra el indostanismo idólatra y degenerado, creyóse ateo. De regreso a las Indias, en 1891, ejerció como abogado de la



GANDHI

alta Corte de Bombay. Más tarde renunció a su profesión por juzgarla «inmunda».

La campaña india de Gandhi no comienza hasta 1893. De 1893 a 1914 tiene por campo de acción el Africa del Sur. Desde 1914 se desarrolla en la India.

La situación de los indios en el Africa del Sur era no sólo precaria sino cruelmente humillante. Con objeto de prohibir la inmigración de asiáticos, perseguíaseles de una manera sistemática. Gandhi llegó a Pretoria ignorando todo esto, y desde el primer momento vióse expuesto a las más groseras vejaciones.

Los indios residentes en Africa se encontraban desmoralizados y sin fuerzas para luchar. Necesitaban un caudillo y Gandhí se sacrificó. Abandonó sus ocupaciones, y, en vez de regresar a la India, establecióse junto a ellos. Desde aquel momento hizo vida común con sus compatriotas miserables y perseguidos, compartió sus desgracias, ennobleciéndolas, y les impuso la ley de «no resistencia». En 1904 crea en Phenix una colonia agrícola, de acuerdo con los planes de Tolstoy. Allí resiste al Gobierno durante años aquel pueblo silencioso. Y resiste gracias a una especie de huelga religiosa contra la cual se estrella toda clase de violencia, pero se interrumpe cada vez que el Estado de Sud Africa se encuentra frente a algún peligro, y Gandhi suspende «la no participación» de los indios en los servicios públicos para ofrecer su colaboración y su ayuda.

La doctrina del amor y del perdón. vése practicada por este hombre, familiarizado con todos los sufrimientos, como pocos cristianos han sabido practicarla. Durante la guerra de los boers, fundó una Cruz Roja y fué citado dos veces en la orden del día. En 1904, declárase una peste en Johannesburg y organiza un hospital. En 1906 se sublevan los indígenas en Natal y el Gobierno se ve obligado a expresar públicamente a Gandhi su reconocimiento por los servicios prestados.

La lucha se mantiene así durante veinte años.

Encerrado en prisiones varias veces, nada ni nadie consigue reducir la heroica tenacidad y la indomable dulzura del Mahatma. En 1913, el movimiento alcanza su grado máximo. Las formidables huelgas de los *Conscientious Objectors* (tal era el nombre que les había dado el general Smuts), sobreexcitan la opinión en Africa y en Asia. Lord Harding llega a impresionarse por la indignación que ahoga a la India entera. En Madras conviértese en su intérprete elocuente. Y en 1914, después de veinte años de oscuros sacrificios, la «no resistencia» triunfa y una Comisión imperial da la razón a Ganhdi sobre casi todos los puntos.

Entonces comienza el segundo período de la vida de este hombre extraordinario. Regresa a la India, y la India ve en él a su jefe. Lejos de pensar en la revolución contra el Imperio cuando estalla la guerra, trasládase a Inglaterra para reclutar un cuerpo de ambulancia. Durante los primeros meses de 1918, momento crítico para los ejércitos aliados, Lloyd George dirige un llamamiento al pueblo de la India, y la Conferencia de Guerra, reunida en Delhi, deja entrever que la independencia de la India se encuentra próxima. La india proporciona 985,000 hombres y espera confiada el precio de su sacrificio. Pero su decepción fué total. Concluído el armisticio y olvidado el Gobierno de sus promesas, redobló sus molestias tiránicas. Entonces comienza la revuelta y su organizador es Gandhi. Mas en este gran apóstol de la India las acciones revisten las mismas formas y las mismas modalidades que los pensamientos. Obligado a elegir, sacrificaría siempre la libertad a la verdad. Esta integridad admirable jamás encontrará en política su equivalente. El mismo declara que toma la dirección del movimiento de protesta para desviarla de la violencia. Gandhi es religioso por naturaleza y político por necesidad.

Hasta enero de 1920 defenderá el Mahatma el principio de cooperación con el Imperio. El *Satyagraha* (etimológicamente: *satya*, justo, recto: *agraha*, ensayo, tentativa; ensayo justo), término inventado por Gandhi en Sud Africa para distinguir su acción de la resistencia pasiva, preséntase entonces como una oposición constitucional, como un requerimiento respetuoso al Gobierno. Este ha promulgado una ley injusta. Los *satyagrahi* desobedecerán deliberadamente a la ley deshonrosa. Pero está prohibido a los *satyagrahi* obrar contra el adversario por la violencia. Es preciso convencerle por el resplandor de amor que emana de su convicción, por su abnegación, por sus sufrimientos libremente, alegremente aceptados.

Propaganda extraña, dirán algunos, sonriendo con burla. Pero otros reflexionarán, pensando que por una propaganda análoga consiguió la Cruz de Cristo conquistar el Imperio.

El 28 de julio de 1920, gracias a la obstinación del Gobierno inglés, que no tuvo en cuenta para nada los llamamientos hechos a su clemencia, Gandhi anuncia a la India la «no cooperación». El furor del Gobierno no le causa temor de ningún género; lo que teme, en cambio, es el furor popular de sus compatriotas contra el Gobierno.

El 1º de agosto de 1920 da la señal del movimiento, por una carta dirigida al virrey. En ella le devuelve sus condecoraciones y sus títulos honoríficos.

«No sin pesar—escribe—devuelvo la medalla de oro Kaisar-i Hind, por mi tarea humanitaria en Sud Africa; la medalla de Guerra Zoulou por mis servicios como oficial de un cuerpo de ambulancia compuesto de voluntarios indios en 1906; la medalla de Guerra Boer, por mis servicios como ayudante superintendente del cuerpo de camilleros indios en 1899-1900...» Tras de recordar los sucesos del Punjab (donde las sublevaciones populares provocadas por el conocimiento del arresto de Gandhi motivaron la muerte de quinientos a seiscientos indios, la proclamación de la ley marcial y el imperio de un régimen de terror) y de aquellos que causaron el movimiento de Khilafat, prosigue: «No puedo conservar ni respeto, ni afecto por un Gobierno contaminado por tal inmoralidad y tales injusticias. Por ello he sugerido la «no cooperación» que permite disociarse del Gobierno y obligarle sin violencia». El Mahatma expresa la esperanza de que el virrey reparará la iniquidad, consultando a los jefes reconocidos del pueblo.

Romain Rolland asegura que nunca se reveló Gandhi más dueño de millones de hombres que en este primer año de su acción. Fuéle necesario frenar la violencia, que no deseaba sino desencadenarse. Mientras reprime a los violentos, estimula a los vacilantes y tranquiliza a aquellos que retroceden ante la acción directa: «¿Cuál es, dice, la más admirable fusión que Cristo y Budha han realizado? La de la fuerza y la dulzura. Budha llevó la guerra al campo enemigo haciendo doblar las rodillas a un sacerdocio arrogante. Cristo arrojó a los mercaderes del templo, flageló a los hipócritas y a los fariseos. Todo ello constituye una «acción directa» de la mayor intensidad y al propio tiempo, detrás de sus actos, ¡qué infinita dulzura!»

Es curioso observar cuán a menudo acuden las palabras de Cristo a los labios del Mahatma. Después de la crisis religiosa de Londres, descubrió un día el Bhagavad Gitá y sintióse embriagado por él. Su lectura le devolvió la fe. Reingresó en su religión, como en un refugio, el único refugio posible para aquel pobre estudiantillo indio desterrado, y desde entonces Gandhi cree fervorosamente en la religión de su pueblo, el indostanismo. Pero su religión está hecha a su imagen. «Yo no creo en la divinidad ex-

clusiva de los Vedas—declara:—creo que la Biblia, el Corán y el Zend-Avesta están inspirados tan divinamente como los Vedas. El indostanismo no es una religión misionera. En él queda lugar para la adoración de todos los profetas del mundo... Aconseja a cada uno que sirva a Dios, de acuerdo con su propia fe o Dharma; y de esta suerte vive en paz con todas las religiones».

La lectura del Nuevo Testamento constituyó para el Mahatma, según confiesa, una revelación. «Mi alegría desbordaba mientras lo leía», dice. ¿Y cómo hubiera podido suceder de otro modo? Los conceptos y los gestos del Mahatma coinciden muy frecuentemente con el Evangelio. ¡Creo que la palabra «fanático» se aplica muy mal a un hombre de este temple!

Pero volvamos a su acción social.

La campaña que inicia el 1º de agosto no tiene sólo por objeto paralizar al Gobierno inglés, sino organizar una India nueva capaz de crearse, material y moralmente, actividades independientes. Gandhi prescribe el *boycott* a los tejidos extranjeros. Desvía hacia las cosas el rencor de la India contra los hombres. Estimula a sus compatriotas para que no usen otras telas sino las hiladas y tejidas en el país. ¡Liberar la vida material de la servidumbre ya es un paso! Pero es indispensable dar otro: independizar el espíritu. El programa educativo de Gandhi, expuesto por Romain Rolland, revela la profunda espiritualidad del hombre. Los revolucionarios occidentales podían sonreír; ¡sus leyes y sus decretos están fabricados con materiales tan distintos y tan inferiores!

En diciembre de 1920 el Congreso Nacional de toda la India, reunido en Nagpur, inscribe en la Constitución como primer artículo de fe:

«Artículo 1º—El objeto del Congreso Nacional estriba en conseguir el Swaraj (Home Rule) del pueblo de la India por todos los medios pacíficos y legítimos».

El Congreso había declarado que alcanzaría su objetivo «asociado con Inglaterra, si ésta se prestaba a ello, y en caso contrario sin ella».

Como de costumbre en la política europea cuando se trata de otras razas, la violencia triunfó. Se buscaron pretextos, que no faltaron. La represión comenzó en febrero de 1921. Aquel mismo año señala el apogeo del ascendiente de Gandhi. De él depende desencadenar una revolución política o incluso instaurar una reforma religiosa.

Y, sin embargo, no lo hizo.

Cuando Rabindranath Tagore, después de varios años de viaje por Europa, vuelve a la India, en 1921, siéntese desconcertado por el cambio que observa en los espíritus. Tiene fe en Gandhi, pero teme a los gandhistas. En su *Modern Review* publica un manifiesto: *El llamamiento a la verdad*. El manifiesto comienza por un magnífico y ferviente homenaje al Mahatma. «Este nombre, que le ha sido dado por el pueblo — dice — es su verdadero nombre». Pero pone en guardia a la India contra ciertos peligros. Los lugartenientes del Maestro, los lugartenientes de Gandhi, el del corazón amplio, pueden ser espíritus mezquinos. Pero ¿no es, desgraciadamente, ésta la suerte de todos los Maestros, que se ven traicionados por los mismos que aplican su disciplina sin llegar a comprenderla?

El 4 de noviembre el Comité del Congreso de toda la India da el paso decisivo: autoriza a cada Provincia para comenzar, bajo su propia responsabilidad, la desobediencia civil, principiando por negarse al pago de contribuciones. Impone como condición que los residentes deben haber hecho acto de adhesión absoluta al programa del Swadeshi y de la «no cooperación», incluyendo el compromiso esencial de no emplear la violencia. Bajo la dirección de Gandhi trátase así de conciliar la revuelta con la disciplina y el sacrificio.

La gran desobediencia iba a comenzar cuando el Príncipe de Gales desembarcó en Bombay el 17 de noviembre, dando lugar a un tumulto. Al tener conocimiento de ello, sintióse Gandhi, según su propia declaración, «traspasado por una flecha»; acudió precipitadamente al sitio del suceso y apostrofó con dureza a la multitud. Declaró que tales escenas hacían imposible actualmente la desobediencia civil en masa y suspendió las órdenes dictadas.

Se llevaron a cabo millares de arrestos. Los europeos de la India presionaron al virrey para que obrase con energía.

Resolvióse declarar un *Hartal* (huelga solemne) para el 24 de diciembre, fecha de la visita del Príncipe de Gales a Calcuta. Y aquel día el Príncipe atravesó Calcuta, totalmente desierto.

La lucha continuó, con altas y bajas, hasta la tarde del 10 de marzo de 1922, en que el Mahatma fué conducido a la cárcel. Lo esperaba desde hacía mucho tiempo. Acusábase a Gandhi «de haber provocado la *desafección*», de haber excitado al odio y al desprecio contra el Gobierno de Su Majestad, establecido por las leyes». No tenía defensor y concurrió por sí mismo al Tribunal, aceptando generosamente la condición de culpable que éste le señalaba. Remito a los lectores al libro de Romain Rolland, que hace un resumen muy claro del *Great trial*, para los detalles del proceso y sus incidentes.

El 6 de febrero último el Mahatma Gandhi fué puesto en libertad. Según se asegura, su delicada salud ha declinado mucho y a ello obedece la liberación.

Me he limitado a trascribir y compendiar algunas páginas de Romain Rolland. Me consideraría dichosa si hubiese despertado el interés y la simpatía hacia el Mahatma Gandhi, a quien admiro respetuosamente, no por el hecho de que haya sublevado trescientos millones de hombres, sino porque ha proclamado: «Mi religión no es una religión de cárcel. Cada criatura de Dios, por insignificante que sea, tiene en ella un lugar. Sólo está cerrada para el insolente orgullo de raza, de religión y de color».

Un pensador decía que no podemos alabarnos de haber comprendido verdaderamente una verdad, sino hasta el momento en que nos resulta imposible dejar de conformar nuestra vida a tal verdad. Si esto es exacto (y todo me inclino a creerlo así) ¡cuán raras son las criaturas que «comprenden verdaderamente» un verdad, incluso cuando esta verdad no es toda la verdad, y qué profundo respeto deben inspirarnos!

La vida del Mahatma Gandhi es un ejemplo extraordinario de valer moral. El viejo ideal ario de justicia, de conciencia, de valor, de bondad, que se encuentra en el fondo de la mayor parte de los cultos, es aún el único que nos conmueve. Y a esa verdad es a la que el Mahatma Gandhi ha conformado su vida.

VICTORIA OCAMPO.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Eduardo Uribe...

(*Viene de la página 167*).

lidad en Centro Amérca. Acertadamente dice Carmen que este muchacho hace pensar en el Adolfo de Benjamín Constant, y «que tiene la misma timidez, el mismo afán cruel de análisis, de soledad y de muerte». Y en verdad todo el volumen está saturado de una honda decepción, de un negro pesimismo y hasta el amor tiene un no sé qué de sombrío que nos contagia de una amarga desolación. Tiene poesías como *Renunciamiento* que destila un cansancio infinito de la vida y un hastío enfermizo. Emilio Carrere, el poeta que canta la vida bohemia de los chulos y rameras, de los hampones y de las noches embrujadas de luna, de vampiresas y venenos diabólicos, no rehusaría poner su firma

al calce de estas poesías que en el volumen se titulan *La voz de la vida.*

Por las primeras lluvias es una poesía tan sutilmente inquietante que sentimos la aridez que produce el verano en la tierra resquebrajada, la caída de las primeras lluvias y luego el verdor esmeraldino de montañas y florestas. Leed los fragmentos de esta poesía que tiene el sortilegio de darnos la sensación perfecta de la llegada del invierno:

Han caído las lluvias primeras. Alegría
para los campos yermos cuyas gredas en [grietas
dan la congoja cruenta de rotas bocas prietas
de dolor y de sed...

Interpreto esta lluvia con cariño de planta
(¡he sufrido en mi vida sequías tan hostiles
y he esperado con ansia los fecundos [Abriles!]
y la fresca caricia de esta lluvia me encanta.

Imagino la angustia de la tierra en verano
y el ansia inexplicable de la lluvia que [tarda,
pues yo sé la zozobra para el alma que [aguarda,
como la planta exangüe, un riego soberano.

En algunas poesías de Uribe hay marcadas reminiscencias de Carrere; en otras, como la titulada *La emoción de la niña*, eneasílabos finos y bien entonados, una excesiva crudeza, y en alguna otra ligeros defectos de técnica, que con lecturas sistematizadas y experiencia en la gimnasia espiritual irán gradualmente desapareciendo. En apolonida tan joven como Eduardo Uribe es casi imposible sustraerse a las impregnaciones literarias de última hora, a las influencias de moda, al influjo de los poetas más leídos. Este cantor con ser tan joven es ya un conocedor de todas las literaturas y con su talento indiscutible y su sed de renovación permanente afirmará de modo definitivo el paso marcial con que hoy entra en el reino de las almas atormentadas por todas las inquietudes, y por la intranquilidad más torturante aún del raro mal de pensar.

EDMUNDO VELASQUEZ

San José, C. R., mayo 1º de 1924.

Mahatma Gandhi en libertad...

(Viene de la página 168).

cuentra abatidos, perseguidos, desorganizados, expoliados. Aboga por ellos en la Audiencia; gana el pleito; convoca un Congreso indio, organiza Asociaciaciones; funda un diario—*Indian Opinion*, redactado en inglés y en tres lenguas indias—; crea la colonia agrícola del Fénix; reune a los emigrantes; les reparte terrenos; les hace jurar voto de pobreza.

Presidiario apaleado

CADA vez que el Gobierno infringe gravemente la ley ultrajando a los indios, Gandhi decreta el retraimiento en todos los servicios públicos, paralizando la vida industrial y agrícola del país. En represalias, el Gobierno lo encarcela, sentenciándole a trabajos forzados. El furor de los africanos contra los indios inicia una terrible xenofobia. Los persiguen en todas partes, a todas horas, inhumanamente. Resuelven que no quede uno vivo. Gandhi en su calabozo, conoce todas las humillaciones, todas las privaciones. Un día el populacho asalta la cárcel, dando gritos contra Gandhi. Los más rabiosos logran forzar las puertas, extraerlo de la prisión, arrastrarlo, apalearlo ferozmente, dejarlo por muerto. Semanas después, Gandhi contestaba a las violencias con su famosísimo folleto: *Hind Swará* («Autonomía India»).

Durante veinte años, el Africa del Sur es su escuela heroica. El general Smuts, tiránico perseguidor de los indios, encarceló seis mil, martirizó muchos, fusiló no pocos. Gandhi extendió la agitación del Transvaal al Natal. Al mismo tiempo la India respondía aprestándose, irritada. Y lord Harding, virrey entonces, viendo el pleito mal parado, influyó con Londres. Decretóse la libertad de Gandhi, la abolición de impuestos, la libertad de residencia de los indios en toda el Africa del Sur.

La *Ahimsá*, pasividad heroica, había derrotado a la Violencia. Gandhi, triunfante, regresó, entre frenéticas aclamaciones, a la India. El «presidiario apaleado» volvía a ser «rey sin corona»...

La guerra y la paz

AL estallar la guerra europea, lejos de sublevar la India contra el Imperio, Gandhi le ayuda, organizando un cuerpo de ambulancias. «Imaginaba—escribe él mismo—ser ciudadano del Imperio y hallarme en el deber de cooperar».

Sabido es cómo todo el país no regateó nada (ni hombres, ni dinero, ni recursos de toda especie). Cerca de un millón de soldados, cuatro empréstitos por más de treinta millones de libras esterlinas. ¿No tenía la India derecho al premio de su fidelidad? Sin embargo, la paz, en vez de nuevas libertades, le trajo nuevas humillaciones. Inglaterra restableció la censura, aumentó la policía secreta, decretó el estado de sitio. La India estalló, indignada. Gandhi mismo se puso al frente, apelando al arma suprema: la *Ahimsá*. En las huelgas agrarias de 1918 en Kaira y en el Guyerat prevaleció la pasividad heroica. Pero en 1919 el pueblo, enfurecido de persecuciones, halló otro apóstol más acorde a las circunstancias: Tilak. Más asiático, más rotundo, tal vez menos escrupuloso en los procedimientos de lucha—«la política no se hace con santos»—bien pronto avanza al primer término, relegando a Ghandi al segundo plano de la escena.

Cuatro años de terror

BAJO la jefatura de Tilak, el nacionalismo cambia de táctica. Domina el número, prevalecen las pasiones, iníciase los mitines, las revueltas. Gandhi, desoído, negado, acusado de contemporizar, sobrelleva estas amarguras con noble entereza. Presiente y anuncia la sangre. Hace esfuerzos por sofocar la violencia india para evitar el terror inglés. Logra aplacar la insurrección en Delhi. Pero el virrey, en un ataque de orgullo britano, le detiene, preso en Bombay. ¿Quería provocar la insurrección para desatar el terror? La noticia de estar preso Gandhi promueve en toda la India un levantamiento rabioso. El 13 de abril (1920) más de cien mil personas se reunían en la gran plaza de Jallianwalla. El general Dyer, al frente de un ejército con ametralladoras, sin cornetas, sin intimaciones, sin avisos, abrió el fuego barriendo a la muchedumbre hasta que se agotaron las municiones. La plaza está rodeada de murallas. La huída era imposible de todo punto. Murieron de quinientos a seiscientos indios. Quedaron heridos cuatro mil.

«La ley marcial fué proclamada en toda la India—dice Romain Rolland—. Comenzó un régimen de terror. Viéronse aviones lanzar bombas sobre multitudes sin armas. Los ciudadanos más pacíficos, conducidos ante los tribunales militares, fueron azotados, torturados. Un viento de locura impulsó a los ingleses dominadores».

El camino blanco

¿CABÍA, en semejantes circunstancias, la No-Violencia de Gandhi? ¿Podía aconsejarse a un pueblo ametrallado, torturado, tiranizado, que callara y se retirase? Con todo, el firme apóstol, prosiguiendo «el camino blanco», afrontando en las asambleas de Alahabad, y Delhi, Amrisart y Bom-

bay la sospecha y aun el dicterio, proclama la No-Cooperación para entronizar la No-Violencia. Y el 28 de julio de 1920 anuncia al pueblo indio el *Suadeski*, o independencia nacional.

«La No-Cooperación—decía—exige un régimen y un orden. El desorden viene de la ira. Necesitamos proscribir la violencia completamente. Toda violencia significaría un retroceso en nuestra causa y un inútil derramamiento de sangre. ¡Ante todo, orden, disciplina!»

Retraimiento y serenidad

GANDHI y el Comité Nacional fijaron la siguiente táctica: Renuncia de todos los títulos, honores y condecoraciones.—Ausencia de los empréstitos del Gobierno.—Retirada de todos los funcionarios indios.—Boicot a todos los tribunales y oficinas públicas.—Boicot a las escuelas y retirada de estudiantes indios.—Ausencia en todo acto oficial.—Renuncia de todo nombramiento militar y civil.—Campaña del *Suadeski* o independencia nacional.

El valor moral de esta táctica produjo efectos de milagro. La India en masa se sometió a ella. Quedaron las escuelas desiertas, sin público las oficinas y sin pleitos los tribunales. Como dice sutilmente Romain Rolland, «la India había perdido la facultad de decir «¡No!» y Gandhi se la había devuelto».

El europeizador Tagore

TRAS varios años en Europa, el poeta indio Tagore se halló, al regreso a su país, en pleno *Suadeski*. Indignado por el boicot a las escuelas, intentó erigirse en campeón de la cultura inglesa, propugnando la No-Cooperación. Los estudiantes indios, clamando por su independencia, lo silbaron. El poeta acusó a Gandhi de intolerancia y mezquindad. Gandhi, en su diario *Young Indian*, replicóle que la enseñanza inglesa nada tiene que ver con la del carácter; que Inglaterra, tras desvirilizar la India, la ha ensangrentado inicuamente; que él, Gandhi, no era intolerante, sino espíritu francamente abierto a la verdad: «Yo no quiero tener mi casa bloqueada, ni mis ventanas con cerrojos. Quiero que el viento cultural de todos los países penetre en ella libremente, pero sin que la azote y arrase. Mi religión no es una religión de calabozos, sino de aire libre. Mi casa está abierta a todas las criaturas de Dios. Pero está y estará cerrada al insolente orgullo de raza, de color, de religión y de geografía».

La rueca india

AL boicot político sigue inmediatamento el económico. Gandhi organiza agudamente el proteccionismo industrial. Quiere atacar a los ingleses en el bolsillo. Predica la renuncia a comprar tejidos extraños, y el despojo y quema de los que vista cada indio. A la maquinaria británica sucederá la rueca india. Ningún patriota vestirá sino telas de algodón indio, hilado en rueca india por manos indias. De este modo los patriotas pobres tendrán trabajo, y los patriotas ricos no darán su dinero a los ingleses.

«Yo mismo—exclama—tomaré mi rueca. Hilaré. ¿Por qué—me dirá alguno — si no tengo necesidad de trabajar para comer, he de tomar la rueca e hilar? Porque como lo que no es mío. Porque vivo de expoliar a mis compatriotas. ¡Hay que hilar! ¡Que hilen todos! ¡Que hile Tagore y queme sus vestidos extranjeros! Es nuestro deber de hoy. Dios se ocupará del mañana».

El identificado con Dios

PROCESADO, condenado, preso, Gandhi ha permanecido en la cárcel de Sabarmati desde marzo de 1922 hasta febrero de 1924. Pero desde la cárcel ha seguido rigiendo al pueblo indio, sosteniéndole en su programa de espera y paciencia, fortificándole con su conducta de serenidad y sacrificio.

Vanamente Inglaterra ha intentado la división y captación de los prismates de Gandhi. Fieles al maestro, apretados en un frente único, votan en el Congreso Nacional de Gaya la continuación del boicot político y económico, la *Ahimsá*, la pasividad heroica.

¿Qué ha podido ocurrir para que el Gobierno inglés, quebrantando sus tradiciones altivas, intangibles para sus dominios, haya libertado al *Mahatma*? ¿Anda en ello la mano laborista de Macdonald? ¿Es una consecuencia de la previsión industrial, dañada tan profundamente por el boicot indio, o de la previsión política, que llega tan agudamente al orgullo inglés?

Sea lo que fuere, Gandhi ha salido de la cárcel. Y trescientos millones de hombres, impávidos ante la fuerza, estoicos bajo la tiranía, armados de esa arma suprema de los hombres y de los pueblos que se llama pasividad heroica, repetirán con el maestro: «Nuestra lucha tiene un fin único: la paz entre todos los pueblos. La ira es el desorden, la injusticia, la sangre, el hambre, la ruina. Sólo al hombre limpio de ira le es dado reposar en Dios, identificarse con Dios. Sólo a los pueblos sin violencia les será dado reposar en la paz, identificarse con la paz».

CRISTÓBAL DE CASTRO

(*La Esfera*, Madrid).

Noticiario

(*Viene de la página 163*).

todos los medios que os sean posibles para contribuir a una obra que indudablemente perdurará a través de los tiempos y de la Historia.

POR LA RAZA EN SERVICIO DE LA HUMANIDAD: tal es el lema de nuestra institución, y él, por sí solo, es todo un programa que si vosotros ponéis en práctica, apoyando nuestra idea, merecerá bien de la Raza.

El Presidente de la Unión.
LUIS RUBIO SILICEO.
(*Excelsior*, México, D. F.)

El general Calles y los maestros mexicanos

En concepto del General Plutarco Elías Calles, el gremio de profesores ha formado un grupo sin carácter, cuando la misión de cada uno de los maestros es formar caracteres; considera asimismo que la actual labor de los maestros no satisface a los trabajadores porque se han quedado retrasados y que los miembros del magisterio deben cambiar su actitud pasiva, revistiéndose de energías, para que las demás clases sociales los tengan en cuenta.

Estas opiniones fueron externadas por el citado candidato a la Presidencia de la República, durante una entrevista que tuvo con un grupo de profesores que fueron a participarle la formación de un grupo político que quedará comprendido dentro del «Partido Cívico Progresista», y que tendrá la denominación especial de «Pro-Educación».

HABLA EL SR. GRAL. CALLES

Los comisionados comenzaron por participarle al candidato a la Primera Magistratura del país, que habían formado un grupo político para trabajar por la postulación de él, suplicándole que hiciera algunas declaraciones relacionadas con la educación popular.

El general Calles respondió que tendría que meditar profundamente una declaración que se refiriera a la pregunta formulada, ya que ella encierra un programa, y que contestarla así, de improviso, sólo podía hacerlo un charlatán.

Luego habló en la siguiente forma:

«Yo soy profesor; esa fué mi carrera y realmente mis propósitos han quedado bos-

quejados en mi obra como Gobernador en el Estado de Sonora; obra eminentemente práctica con resultados efectivos. Puedo decir sin ambajes que en el Estado de Sonora es donde la instrucción está mejor atendida. Bastaría para probar mi aserto, este detalle:

»Durante mi actuación, el presupuesto de egresos del Estado era de $ 3.500,000 y de éstos, $ 2.600,000 se gastaron en instrucción pública.

»Se expidió durante mi gestión, una ley sobre la Escuela Elemental Rural en todo centro donde haya veinte niños. Dada la población del Estado y el número de las escuelas, es sin duda la entidad donde hay mayor número de establecimientos docentes y maestros bien remunerados».

Continuó diciendo el general Calles, que durante su gestión, hasta en la Sierra Madre, junto a los límites con Chihuahua, se llevó material escolar moderno e higiénico, y los mejores maestros que se encontraron.

En el Estado de Sonora sólo hay una escuela profesional, la Escuela Normal para formar maestros regionales. La experiencia ha demostrado que los de las otras escuelas normales no iban a Sonora con cariño, iban halagados solamente por el sueldo; permanecían unos cuantos años en el Estado, y regresaban al centro del país. Entonces el general Calles tuvo la idea de formar la Escuela Normal de Sonora.

En el Estado de Sonora existe también establecida por el general Calles, la escuela industrial «Cruz Gálvez» que sin duda también es la primera de la República. Por esta escuela han pasado muchos de los profesores que actualmente inician el movimiento colectivo político del profesorado, entre otros Martínez y Villarreal.

Con este motivo la plática versó entonces sobre las verdaderas caravanas o trenes de profesores que el general Calles llevó a Sonora cuando gobernó este Estado. Los profesores ganaban entonces $ 150.00 papel o menos, en toda la República, y el general Calles les pagaba $ 300.00 o su equivalente en oro o plata y se les dejaba siempre escoger.

Además en el Estado se establecieron honores para el profesorado: hay actualmente en la Cámara Local un asiento destinado al profesor que haya cumplido determinado número de años en el ejercicio del magisterio, y que es recibido en la misma como diputado en todas las sesiones.

Escuelas modernas y profesores bien pagados

Después de estas palabras el profesor Braulio Rodríguez, representante del grupo mencionado, dijo: «Yo creo, general, que después de esta plática el anhelo de usted se puede sintetizar en esto: numerosas escuelas modernas, y profesores bien remunerados».

El General Calles contestó: Exactamente.

Se habló después de la labor política que hasta ahora han desarrollado los profesores aisladamente, como individuos, pero nunca como grupos. «Nosotros le aseguramos a usted—dijo el profesor Olivares—que aquí están representantes de los maestros normalistas, de los de grupo y de los rurales. Hemos juntado 221 en ocho días, y creemos que todos los maestros responderán a nuestro llamado».

Cobardía de los maestros

El general Calles contestó: «Lo que ha pasado, efectivamente, es que dentro del grupo ha habido cobardía y muchos elementos de él, son reaccionarios que no han abandonado sus viejas polillas».

El profesor Olivares volvió a decir: «En educación sólo los de arriba hacen política; privan a los de abajo, sopena de cese, que se inmiscuyan en ella, y en cambio, los de arriba siempre tienen plomo en los pies y caen parados con todos los gobiernos».

El general Calles contestó: «Sí, se ha formado un gremio sin carácter, cuando su deber era formar caracteres: va a llegar el momento en que la labor actual de los maestros no satisfaga a las clases trabajadoras, porque se han quedado retrasados, porque no están a la altura de su deber.

»Actualmente todas las clases despiertan: la misma clase media tan aletargada ha comenzado a moverse y toma su lugar en la lucha, sólo el gremio de los maestros queda atrás.

»Los maestros—continuó el general Calles—tienen el deber de ser hombres, de demostrar una actitud enérgica, para que se les tome en cuenta. El gran papel que desempeñan pasa desapercibido por su falta de carácter. Yo abandoné la carrera por eso: encontré entre los de mi gremio una oposición absoluta a evolucionar.

»Yo celebro que por primera vez en México, los profesores se organicen como lo están haciendo ustedes».

Y eso que el general Calles no puede quejarse de la carrera, pues llegó, como sabemos, a los 22 años al pináculo de ella, es decir, a inspector de una zona escolar con $ 150.00 mensuales, que en aquella época con ellos cualquiera se creía rico.

Después el general Calles les dijo que no había que tener miedo, que se debían interpretar las circulares prohibitivas de inmiscuirse en política en la parte relativa a no hacer uso de su empleo para hacer presión sobre sus subalternos, pero nada más.

Los maestros tienen que enseñar a los niños cómo deben ejercitar sus derechos cívicos, y los maestros son los primeros que faltan a su deber. Hay que dar al maestro libertad económica, y que no tenga que pensar en lo que va a comer mañana, y que, como en el Estado de Sonora, se les oiga, se les tome en cuenta, vayan a los mitines, voten y sean votados; hay que hacer una obra ordenada y lógica de educación que vaya de lo menos a lo más y hasta donde alcancen todos nuestros recursos.

Con estas palabras despidió el general Calles a los profesores, quienes quedaron satisfechos de la recepción y declaraciones hechas por el candidato revolucionario a la Presidencia de la República, a cuya postulación se adhiere el Partido Cívico Progresista «Pro-Educación».

(*Excelsior*. México, D. F.)

Lira costarricense

PAISAJES NATIVOS

Caminos de mi pueblo

Para Rogelio Sotela

Caminos de mi pueblo,
¡desolados!
llenos de polvo y tedio,
silenciosos
en medio de estas lomas
que contemplan
los amplios horizontes
y los valles....
Caminos empinados
que el viajero
transita sin peligro:
¿qué destino
está para vosotros
reservado?
Emblema de la vida
de estas gentes,
que viven sin ensueños
ni congojas,
los áridos caminos,
tarde a tarde
apenas ven y escuchan
con sorpresa,
el paso de las brumas
y las bestias
y el regresar cansado
de los hombres...
De niño os contemplaba
con afecto,
y ansiaba, con vosotros,
ir muy lejos,
pero la vida, luego,
¡maestra insigne!
me habló de vuestro tedio,
y ahora ansío
un poco de reposo
junto al fuego...
A veces he sentido,
con ternura,
que soy como un camino;
que mi vida
está, como vosotros,
extendida
en medio de estos montes,
¡desolada!
mirando allá a lo lejos
los paisajes,

en tanto que transitan
por mis horas,
las carretas de ensueños
del pasado...
A veces he sentido,
plenamente,
que soy como un camino
de mi pueblo;
que mis versos se vuelven
polvaredas;
que voy hacia los montes
y los valles
con la ansiedad perpetua
de otras cimas
de más claros paisajes,
de otras gentes,
de otros ritmos y mares,
de otra vida
de ilusiones más hondas
y más bellas,
y que al tornar un día
de mi ensueño,
por mandato del Numen
soberano,
mi vida se transforma,
para siempre,
en camino apacible
para todos:
camino que recorren
sin fatigas,
ni penas, ni zozobras,
los viajeros;
camino que se esfuma,
sin tropiezos,
en una cumbre enhiesta,
¡siempre azul!

J. J. SALAS PÉREZ.

San Ramón, abril de 1924.

Cantiga de Loores a la Virgen

(En mayo)

En fabla castiza
yo quiero loarte,
Madona divina,
ilustre en el arte
de doctos pinceles,
de ricos vitrales
que dicen las glorias
de las catedrales.

Madona divina,
materno cariño;
virginal Señora
que sustenta a un niño!
Manos celestiales
de toda clemencia,
manos impregnadas
de amorosa ciencia.

Virgen, Madre pura,
anhelo imposible:
¡símbolo del arte
que es incorruptible!
Creadora pureza,
carne celestial
que no mancha el triste
pecado mortal!

¡Virgen sin mancilla
del viejo Arcipreste,
dále a mi poesía
tu azulada veste!
¡Virgen de Fra Angélico,
rosa entre las rosas,
dále a mi poesía
tu forma armoniosa!

¡Virgen, ahora en mayo
te ofrezco mi flor,
espontánea y pura
de buen trovador.
Trovador que viaja,
tal es su destino
y en tu templo deja
la flor del camino!

CARLOS LUIS SÁENZ E.

San José, mayo 16 de 1924.



Desolación

Algo me despega de la tierra
en esta hora de angustia.
Mis ojos se nublan,
y un desvanecimiento supremo
desmaya mi cuerpo,
mientras voy paso a paso vagabundo
en la soledad iluminada por la luna.

Un deseo ha saturado toda mi alma:
yo deseara seguir andando siempre
bajo la luna brillante,
sobre campos solitarios.
Yo deseara poder caminar sobre un rayo de luna
como sobre una senda invisible,
sobre la luz petrificada,
y andar, andar, andar,
en la soledad inmensa de los cielos,
y morir caminando
sin darme cuenta de la muerte,
y seguir como una sombra
caminando siempre.

Y no toparme a nadie en el camino!
Ser solo de verdad!
Vivir en torno mío
la soledad que siento en torno de mi alma!

Que en mi peregrinación no lastime mis ojos
ninguna grosera forma.
Que en mis pupilas se reflejen solamente
el sonoro fulgor de las estrellas
y los lirios de amor de las nubes dormidas.

Y así seguir andando eternamente.
Ir solo de verdad!
Yo deseara despegarme de la tierra
en esta hora de angustia,
en esta hora de amor jamás saciable,
en esta hora de suprema beatitud para mi espíritu!

RAFAEL ESTRADA.

En abril de 1924.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica. De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica